

Los Cardozo llegaron apenas clareaba y fueron recibidos con tortilla y mate cocido. Ashua, Luna y Dionisio se refregaban los ojos, mientras que Nicasia y Laurinda se lavaban la cara en el fuentón.

—¡Has visto! ¡Aquí están! ¡Bienvenidos y gracias! —los recibió Kallpa, mientras que Alba terminaba de repartir los tazones de cocido. La pareja tenía dos hijos que eran devorados por el bostezo y por las miradas femeninas: los mellizos Dalmiro y Faustino, que a la vista de Ashua, parecían dos opas que no sabían dónde ubicar sus cuerpazos. Eran casi idénticos y él los miraba una y otra vez, para convencerse de que no estaba sometido a una jugarreta de su ojo travieso.

—Estos dos son casi iguales, pero se deben distinguir porque uno debe ser más tonto que el otro —comentó al oído de Luna, que por la forma que los miraba parecía no importarle demasiado el nivel de inteligencia de los muchachos.

Mal que le pesara a Ashua, el semblante de los jóvenes atraía la vista de las mujeres: altos, de pelo castaño y cuerpos fibrosos, ambos tenían algo en sus rostros que los hacía atractivos, podía ser el color de sus ojos o la forma de sus narices; pero en realidad era el conjunto lo que hacía una mezcla explosiva de sensualidad e inocencia. Más allá que eran casi iguales, al estar un rato cerca de ellos aparecían las diferencias; uno era un poco más relleno, el otro tenía el pelo más largo y la nariz apenas doblada y, lo fundamental, Faustino llevaba una cicatriz en el pómulos izquierdo, algo que lo hacía más atractivo a los ojos de Luna.

Después de un desayuno muy conversado por los mayores y somnoliento para los más jóvenes, comenzó la fiesta del trabajo. Algunos guiaban a los caballos que amasaban el barro, otros hacían los pozos donde se levantaría el rancho, mientras que el resto se dedicaba a acercar los ladrillos de barro que ya estaban cocidos y los postes de quebracho blanco.

—¿Y qué te parecen? —le insinuó Nicasia a Luna, sin dejar de guiar a los caballos.

—¿Qué me parece qué?

—Los mellizos, que va a ser.

Luna hizo un gesto como restándole importancia al tema.

—No te hagas la tonta; ¡son unos caramelos! —intervino Laurinda.

—Vos no hables que andas de novia —la cortó su hermana.

—¿Es cierto eso? —preguntó Luna

—Sí, pero está lejos.

—Eso no te libra de él —volvió a la carga Nicasia.

—¿Cuál te gusta? —se atrevió Luna.

—Los dos —remató Nicasia.

El campo de batalla estaba preparado porque a ella le gustaba el de la cicatriz.

Sólo descansaron un rato después de un bocado y continuaron por la tarde. Con el sol esfumándose, Kallpa encendió el horno de barro, mientras Illari, Nicasia y Laurinda hacían el repulgue de las empanadas. Sobre los contornos del campo alumbrado por la claridad de la luna, se dibujaba la estructura de la casa. El trabajo de la jornada hizo que la idea tomara forma y en dos semanas más ya podrían habitar una pieza, aunque quedara por terminar la cocina con el fogón, el alero, otra pieza y el pozo del baño en el fondo. Waylla pensó que al fin cambiaría un poco el ánimo de su hombre.

Comieron bajo el alero, tomaron cerveza y cantaron una que otra chacarera, acompañados por los perros, gallinas y patos que habitaban el patio de tierra. Con la complicidad de la alegría, Luna y Nicasia, se fueron a dar una vuelta estrellada junto a los mellizos, mientras que Ashua se dedicaba a defenestrarlos en los oídos de Dionisio, que largaba una carcajada a cada comentario.

Al otro día había que abrir los ojos de madrugada por lo que se fueron a descansar temprano. Eran muchos y los más jóvenes se debieron acurrucar con mantas debajo del alero.

Para Ashua, ver a su hermana acostada tan cerca del “cara cortada”, era muy chocante, pero lo peor era el incesante cuchicheo de Nicasia con el otro.

—¡Shh! A dormir, changos, que mañana hay que levantarse temprano —no se aguantó.

El nuevo día llegó con dos manos más para ayudar: Eduardo, novio de Laurinda, que fue recibido con abrazos y un tazón de mate cocido.

Y el domingo fue día de creación; las manos moldearon las bases de la nueva morada. Había sido una jornada espléndida, no tanto para Ashua que sufría por la presencia de esos mellizos...

En realidad por lo que parecía que significaban ellos para Nicasia y su hermana.

Las familias se despidieron, se entrelazaron brazos y manos, se acariciaron labios y mejillas. Las ilusiones y buenos pensamientos se habían apoderado de todos menos de Ashua, un poco herido por los celos y de su padre, que no lograba acomodarse a la nueva situación. No estaba en su lugar, se encontraba desorientado, sentía que había perdido espacio y autoridad. Para Hilario todo estaba mal.

Pero a pesar de que el corazón le mordisqueaba la cabeza con lo de Nicasia, Ashua no pudo evitar sumergirse en el torbellino que lo envolvía. En poco tiempo todo se convirtió en algo nuevo y se zambulló con todos sus sentidos en la flamante realidad. De manejar machete y hacha, pasó a trabajar con la azada, el rastrillo, la pala, el arado, herramientas que no había manipulado en su vida. Sus manos se transformaban para adaptarse a los nuevos movimientos y en sus palmas aparecían llagas que se sumaban a las que ya tenía. Sus brazos desarrollaban nuevos músculos y su cerebro captaba nuevas experiencias. Ahora no sólo se trataba de saber dónde y cómo golpear con el hacha sobre el tronco del quebracho; tenía que discernir sobre semillas, plagas, herbicidas y los nutrientes del suelo. Cada tarea que se le presentaba era un desafío para su mente afiebrada. Trabajaba de sol a sol como en los obrajes..., pero era tan distinto. Algún día le atacaría el virus de la rutina, pero ahora las tareas eran para él tan novedosas y variadas que no se planteaba ese futuro. Un día puntear la tierra, otro, limpiar los canales para que el agua fluyera libre hasta los surcos, hoy afilar las herramientas, mañana sacar la mala hierba para que no se comiera los brotes, pasado sembrar el maíz, la semana que viene levantar la batata. Todo tan distinto. Pero lo más significativo se produjo en la percepción del tiempo. En los obrajes, el tiempo empezaba a rodar con la salida del sol, para llegar a su fin con la mirada de la luna. Esa era su dimensión, junto con otra que corría en paralelo, marcada por la angustia entre pago y pago, con días que parecían quedar petrificados. Ahora esas vivencias se habían trastocado en forma rotunda: el paso del tiempo lo marcaba la siembra y la cosecha. Todo y todos se movían al compás de ese ritmo, la vida transcurría arrastrada por este péndulo. Este mes hay que sembrar el algodón, el mes que viene el zapallo, luego cosechar para reiniciar el ciclo, con la mente puesta en el próximo año. Allí el tiempo estaba mucho más atado al clima. Mirar al cielo a la espera de un aguacero o pensar con ruegos entre los labios en la helada, pronosticar con la vista puesta en las nubes qué iba a suceder, ocupaba una buena parte de la actividad del cerebro. En fin, la sensación del transcurrir del tiempo, estaba atado a la tierra, al cielo, al sol, al agua, a la semilla y éstos no actuaban como el golpe efímero de un hachazo. El tiempo en el campo llevaba su tiempo y los planes, ambiciones, sueños, angustias, esperanzas de las personas estaban atadas a ese ritmo.

Ashua empezó a caminar más lento, e incluso a hablar más pausado. Eso mismo lo notaba en su hermana, aunque no lo apreciaba en su propia persona.

—¿Has visto cómo hablas, Luna?

—¿Cómo?

—Así; como una tonta.

—¿Y vos te has escuchado hablar?

—¿Por qué?

—Porque a cada rato dices “has visto”, copias como un lorito al tío Kallpa.

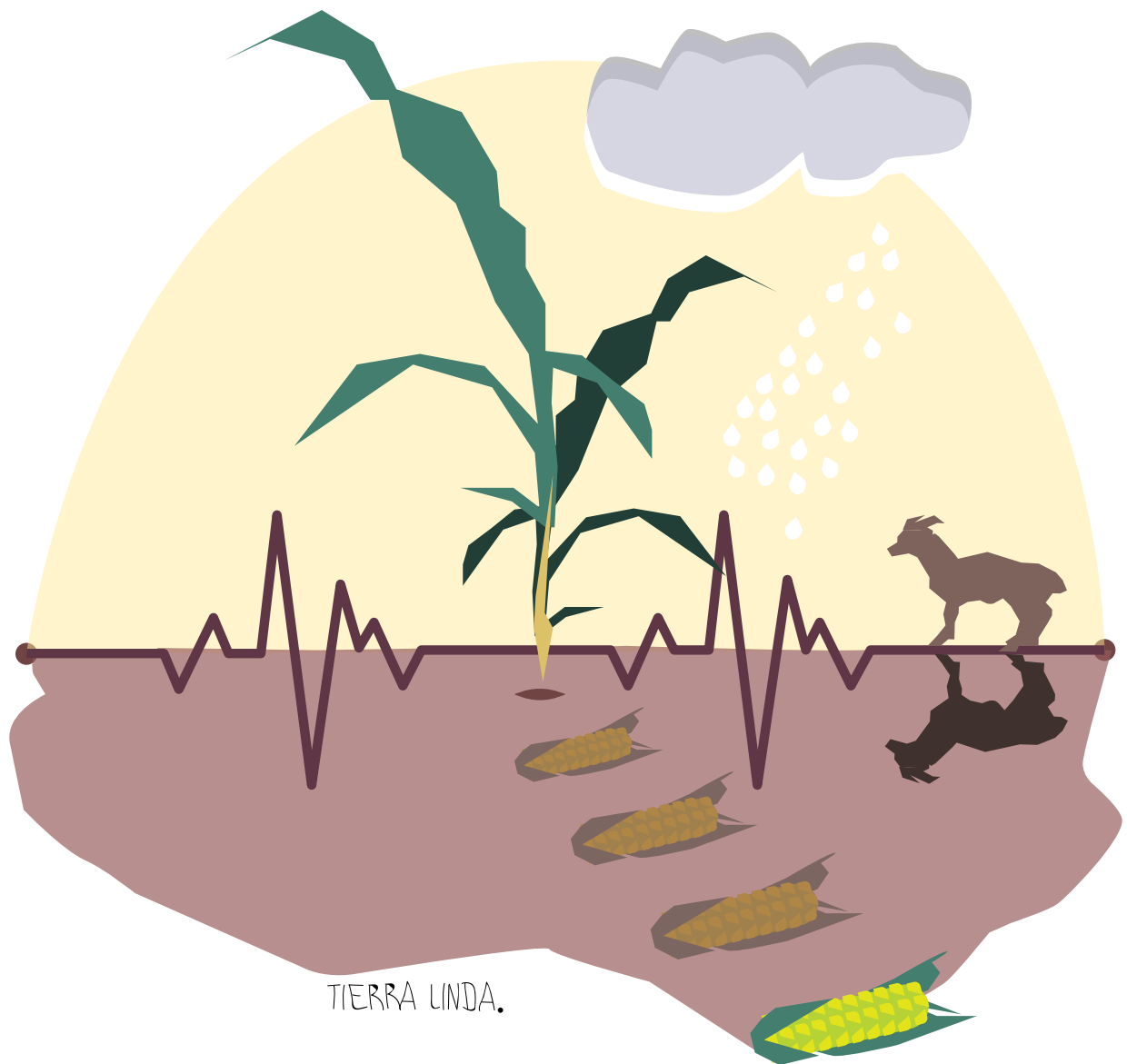
Y a pesar de que el trabajo era tan o más duro que en los quebrachales, gozaba de muchos momentos para observar y descubrir desde un atardecer hasta el movimiento de una lombriz al escabullirse entre los terrones de tierra.

Aprendió también a respetar más los años acumulados en las personas, a escucharlos y a tratar de aprender de sus palabras. Antes, muchas veces desdeñaba las “tonterías que decían los viejos”, ahora le prestaba atención a cada movimiento, gestos y dichos de Illari. Si hasta cualquier opinión sin importancia de parte de ella lo tomaba como algo “sabio”, lo que merecía la burla de su hermana.

Claro que todo esto no lo libraba de tener esa sensación que le producía Nicasia. La edad de su sangre pedía una mujer y ella estaba allí, al alcance de su cuerpo. Pero Nicasia parecía tener su corazón más cerca del mellizo que del suyo. En realidad tenía la sensación que jugueteaba con ambos y eso le hacía bullir su sangre. Pasaba de una concentración absoluta en el trabajo a entablar un diálogo interior con ella, que lo abstraía de cualquier otra realidad. Era una práctica donde tenía las palabras precisas para decirle y dónde escuchaba las respuestas de ella. El final era variado: a veces terminaba pegado a su boca y otras salía cabizbajo, rechazado por ella. De este resultado dependía su ánimo por varias horas. Una y otra vez se maldijo al pensar en aquel día en el que fueron solos al río y él le ofreció una flor que arrancó entre los pastos y estuvo a punto de decirle todo lo que le había ya dicho en las conversaciones donde ella no estaba presente. La palabra se le quedó sin sonido, como si se hubiera atascado entre la garganta y la lengua, para fallecer aplastada contra el pecho. Ahora esperaba una nueva oportunidad y pensaba con ansiedad la ida al pueblo. Otra cosa que cargaba en su cabeza era la situación de su padre, una preocupación que era compartida con Luna y su madre. Hilario se endurecía más cada día que pasaba y su alma era un quebracho impenetrable. Asumía sus responsabilidades en el trabajo pero sin iniciativa, casi en forma mecánica. No se le veía entusiasmo, ni se le notaba esperanzas de algo nuevo y mejor. Se apagaba y cuando Waylla le sacaba el tema, él contestaba con monosílabos o se irritaba.

Pasó mucho tiempo para que conocieran el pueblo. De repente, un viernes por la tarde, Dionisio organizó la salida. Esa noche la mente de Ashua rebotaba entre el rostro de Nicasia y lo nuevo que iba a conocer.

Se durmió abrazado a ella junto al tronco de un árbol de la plaza del pueblo.



Ocho mesas de madera talladas con nombres y corazones, treinta y dos sillas de diferentes formas y colores, un mostrador donde se apoyaban vasos, saleros, un florero con flores de plástico, rectángulos de papel abiertos en abanico dentro de un vaso, una caja registradora y una campana de vidrio con dos pebetes de salame. Detrás, dos estantes con varias botellas, algunas llenas, otras por la mitad, y la estatuilla de San Esteban clavada sobre una pared pintada de color verde. En uno de los costados se afirmaba una estantería con paquetes de harina, yerba, fideos, arroz, porotos, lentejas y diferentes productos alimenticios. También se vendían velas, fósforos, cigarrillos, mallas para faroles, acaroína, jabón y un sinfín de productos para el hogar. Lo único que no se comercializaba era carne y verduras. Apoyado sobre el mostrador, secándose el sudor con una rejilla, la misma con que repasaba los vasos, estaba el asturiano, dueño y única persona que atendía el almacén llamado “El Asturiano”. Completaba el mobiliario un aparato luminoso, que al poner una ficha y apretar un botón, hacía sonar la canción elegida. La atracción del lugar era un televisor que estaba en una punta del mostrador sobre unos ladrillos que lo elevaban un poco.

Ese sábado, como tantos otros que pasaron desde aquel día que Dionisio organizó el paseo, caminaron los cinco kilómetros hasta llegar a los silos que se encontraban a la entrada del pueblo y, al penetrar en este, no se detuvieron a contemplar la iglesia, ni se percataron de la comisaría, o el colegio, ni se sentaron en los bancos de la plaza. Fueron derecho hasta “El Asturiano” donde los esperaban los mellizos. El dueño del boliche se oponía a que juntaran las mesas, por lo que tenían que sentarse separados. “No dejan paso a la gente”, argumentaba; luego preguntaba: “¿qué se van a servir los señores?”, aunque también había señoritas y siempre pedían lo mismo: cerveza, que venía con maníes y palitos. Se dividieron en dos mesas. En una, Luna con los mellizos y el resto en otra. Aunque estaban separados se chocaban con las sillas, por lo que intercambiaban palabras y escuchaban perfectamente la conversación que se desarrollaba en cada una de las mesas. Ashua tenía enfrente a Nicasia y esta tenía en frente la mesa de los mellizos. La mirada de ella rebotaba en la de él, pasaba por el costado y se clavaba en Dalmiro.

—Otra cerveza, por favor.

—¿Por qué no pones música, Nicasia?

—¿Vos compras la ficha, hermanito?

—Aquí tienes, para dos.

—¿A vos qué música te gusta, Luna?

—Y... la del “Club del Clan”, pero también la chacarera y...

—¿Qué vas a poner, hermanita?

—Abrí bien esas orejas y vas a escuchar.

—Ésta seguro que pone al Yoni Todesco.

—Y vos Faustino, ¿nunca has pensado en estudiar?

—El año que viene pienso empezar la secundaria acá, en este colegio.

—¡Qué bien!, yo quisiera...

—¿Sí?

—...Yo tendría que hacer la primaria.

—La puedes hacer también en el mismo colegio por la noche, hay muchos grandes que estudian, ¿no Dalmiro?

—Hasta hay viejos que hacen la primaria.

—Tienes que animarte.

*...Estelita, que linda que está, Estelita...*

—¡Uy! ¡Otra vez ese!

—Sí, hermanito, es el Leo: el cantante nuestro que hace furor allá en la capital.

—¡Otra cerveza, por favor!

—¿Te puedo hacer una pregunta, Luna?

—Sí, claro.

—¿Vos sabías que a Dalmiro le gusta Nicasia?



—¡Cállate!

—¡Eh! ¡Ashua! Deja de tirarte los bigotes ¿Qué te pasa que estás tan callado?

—Nada, mucho ruido; me duele la cabeza.

*... Cada vez que veo sus ojos veo lo linda que es...*

—Y vos Laurinda ¿extrañas a tu novio?

—Sí, no veo la hora de que llegue mañana, estoy podrida de verlo sólo los domingos.

—Si es la verdad: te gusta Nicasia; y me parece que ella gusta de vos, ¿no es cierto Nicasia?

—¡Cállate, te digo!

*...Estelita qué linda que está...*

—Laurinda, ya debe ser la hora, ¿no?

—Me parece que sí.

—¡Uy! Estas dos con ese programa de porquería.

—Dale hermanito, pídele que prenda la tele.

—Pídeselo vos, que sos mujer y el gallego te va a dar el gusto.

—¡Voy yo!

—¡Grande Luna!

—¡Compra otra cerveza, así se ablanda!

*...Estelita...*

—No se ve muy bien.

—Hasta que se caliente hay que soportar esa raya que sube y baja que me revuelve las tripas.

—Siempre que venimos nos tenemos que aguantar este programa de porquería.

—Es el único que hay, hermanito... Y mira justo quien está.

*...Despeinada, tuis, tuis, despeinada...*

—¿Te gusta el Palito, Luna?

—¿A quién no?

—A mí no.

—A este le gusta la chacarera, el chámame, parece un viejo.

—Seguro que después viene la Violeta.

—Siéntate Nicasio que no me dejas ver.

*...Tú tienes, una carita deliciosa...*

— ¿Sigues con el dolor de cabeza?

—Cada vez más.

— ¡En cambio yo tengo unas ganas de bailar!

— ¡Ah! ¿Sabes Nicasio que el mes que viene empiezan los bailes?

— ¿Dónde?

—En el salón de al lado de la iglesia.

— ¡Ja! Un baile al lado de la iglesia: seguro que va a estar buenísimo.

— ¡Ay, Dionisio! ¿Qué tiene que ver? ¿O crees que los curas y las monjas son santitos?

*...Pero tu pelo, es un desastre universal...*

— ¿Te gusta bailar?

— ¡Ja! ¿Mi hermano Faustino, bailar? Este es más duro que un quebracho.

—Claro, porque vos sos el bailarín de los montes: “pasen a la escuela de danzas de Dalmiro”.

— ¿La última cerveza?

—Sí, dale que ahí está la Violeta.

Aturdido y de mal humor salió Ashua de “El Asturiano”. Con Dionisio de un lado y Laurina del otro, con Faustino y Luna adelante y Dalmiro y Nicasio atrás. Con brumas arriba y relámpagos en el medio.

Hilario no quería moverse del campo. Tenía miedo de cruzarse con algún contratista o con los guardias. Las ventas a los negocios del pueblo la hacían Kallpa y Nicasio, a veces se sumaba Ramón. Salían muy temprano con la zorra cargada de zapallos o sandías y volvían al mediodía lleno de mercadería. Tampoco participaba en las negociaciones por el precio del algodón, las cuales solían transformarse en largas discusiones de las que también participaba Cardozo. En realidad, ni siquiera se acercaba a la ruta. Estaba encerrado en los límites del campo además de estar encerrado en sí mismo: se había impuesto un doble cautiverio en el que nadie podía penetrar. Por eso Ashua se sorprendió cuando esa tarde se acercó con el mate al galpón y tras un largo silencio preguntó:

— ¿Qué tal el pueblo?

Su hijo demoró la respuesta, pero se animó al pensar que podía ser el inicio de un cambio de actitud por parte de su padre.

—Este... lindo, no tiene mucho pero al menos se ven negocios, gente, algunos autos... En el almacén hay una televisión, ¿usted nunca vio televisión, no?

—No, ¿dónde queda?

— ¿El almacén?

—Pues, claro.

Le explicó cómo llegar y con eso terminó la conversación. Hilario dio una chupada a la bombilla y se retiró. Más tarde, Ashua ilusionó a su madre y a su hermana, contándole lo ocurrido, sin percatarse de que la salida de su padre hacia el exterior en realidad no sería tan alentadora como él creía.

Fue recién la semana siguiente, cuando caía el sol, que Hilario se lavó, se cambió la ropa y saludó:

—Voy a conocer el pueblo.

—Te acompaño —dijo Waylla.

—Hoy no, la próxima vez vamos juntos.

Y sin más emprendió el camino hacia la ruta.

No existió esa próxima vez con su mujer, porque con el paso de los meses, Hilario iba cada vez más seguido al pueblo, ausentándose varias horas, pero siempre solo. A los sábados o domingos, le agregó el viernes y después el miércoles. Lo que al principio era un par de horas se transformó en esperas de Waylla en la entrada del campo. En su desesperación les pidió a sus hijos que se acercasen a ver que hacía. Lo encontraron, como era previsible, en el almacén, en una mesa llena de botellas de vino y cerveza, rodeado de tres o cuatro paisanos. No se animaron a hacerse ver.

Percatados de la situación, escondieron el poco dinero que disponían, lo que, en su búsqueda infructuosa, lo puso más agresivo. Eso motivó que en varias ocasiones Ashua tuviera que salir en defensa de su madre. Y empezaron a desaparecer cosas: ropa, vasos, diversas chucherías, hasta que el punto límite lo marcó la falta de una tenaza y de un martillo del galpón. Allí fue Kallpa quien lo increpó. Pero nada cambiaría; la curva del descenso había comenzado y era irreversible.

Una noche lo trajeron en un carro y lo tiraron a la entrada del campo. Estaba lastimado y con olor a orina.

A partir de ese hecho y de las prohibiciones impuestas, no abría la boca para emitir palabras ni recibir alimentos y sólo se levantaba del catre para hacer sus necesidades, lo que sucedía cada vez más en forma espaciada. En poco tiempo se convirtió en un espectro. Lo cargaron en la zorra y lo llevaron a la salita del pueblo donde lo vio el único médico que había en el lugar.

—Entre otras cosas está anémico y deshidratado. Acá le podemos hacer lo básico para reponerlo un poco, pero tendrán que llevarlo a la ciudad para hacer estudios completos e iniciar un tratamiento.

Volvieron en la zorra dispuestos a trasladarlo a la ciudad lo más pronto posible, cuando desde el piso escucharon una voz débil.

—No voy a ir.